

se organizaba sin oposición, y el duque de Orleans se instalaba en la soberanía; aquella misma mañana, este príncipe había decretado el nombramiento de los señores Dupont de l'Eure, general Gerard, barón Luis y Guizot, como comisarios en los departamentos de la Justicia, Guerra, Hacienda e Interior; la substitución de la escarapela y la bandera blancas por la escarapela y la bandera tricolores, y la convocatoria de las dos Cámaras para el 3 del corriente agosto. Esta última disposición impresionó vivamente al rey; las Asambleas iban á reunirse, y otro iba á presidir en su lugar aquella importante solemnidad. No pudiendo impedir un acto que iba á consagrar su destitución á los ojos de Francia y de toda Europa, Carlos X creyó oportuno revestir al duque de Orleans del título bajo el cual se preparaba á abrir la legislatura, á fin de dar al acto que este príncipe iba á realizar las apariencias de un encargo del rey. El duque de Orleans contestó á la comunicación del monarca con una afectuosa carta que éste recibió el 2 de agosto; los términos en que estaba escrita conmovieron tan profundamente á Carlos X y de tal modo le hicieron creer en el afecto y lealtad del duque de Orleans, que resolvió abdicar la corona en su nieto, dejando al duque su título de teniente general del reino durante la minoría. El Delfín sometióse á la voluntad de su padre y firmó con él el acta de abdicación el día 2 de agosto. El último sacrificio de Carlos X no hizo más que precipitar la caída del duque de Burdeos. El general Foissac-Latour fué encargado de llevar dicha acta al duque de Orleans; pero cuando el general llegó á París, el duque tenía ya conocimiento de la abdicación por varios personajes llegados de Rambouillet. El teniente general del reino se había apresurado á comunicar la noticia al consejo de ministros, el cual envió inmediatamente el capitán de navío Dumont d'Urville al Havre con el objeto de fletar dos buques destinados á transportar á Carlos X y su familia al extranjero. El teniente general del reino negóse á recibir al comisionado del rey, quien recurrió á Mortemart para hacer llegar el acta de abdicación á manos del duque de Orleans. Este ordenó al general Lafayette que enviase 6.000 hombres de la guardia nacional hacia Rambouillet, esperando que esta demostración bastaría para que Carlos X se decidiese á tomar el camino del destierro, disolviendo las tropas que le rodeaban. Lafayette se apresuró á mandar cumplir la orden del teniente general del reino. Al toque de generala, más de 10.000 hombres, en trajes diversos y armados de toda clase de armas, se reunieron como para una fiesta en los Campos Eliseos y emprendieron, unos á pie y otros en diligencias, ómnibus, coches particulares y de alquiler, carros, cabriolés y calesas, el camino de Rambouillet, juntamente con 6.000 guardias nacionales mandados por el general Pajol.

Mientras esta expedición, cuyas fuerzas iban á aumentar progresivamente muchos habitantes de las poblaciones que se encontraban en el camino, marchaba hacia el sitio real en que Carlos X esperaba la noticia de la proclamación de su nieto, los diputados y los pares de Francia se reunían en el palacio Borbón para la ceremonia de la apertura de las Cámaras, con el mismo ceremonial, con el mismo aparato, con el mismo trono de las solemnidades precedentes. Una ban-

dera tricolor colocada encima de la corona real era el único indicio de la revolución realizada. Se hallaban presentes casi todos los 221 votantes del último mensaje á Carlos X. En los escaños de la derecha apenas había unos veinte diputados, la mayor parte sumamente tristes. Los pares de Francia eran en escaso número. Dos sillones destinados al teniente general del reino y á su hijo segundo el duque de Nemours estaban colocados delante del trono. Los mismos cañones que en la explanada de los Inválidos saludaban anualmente la llegada de Carlos X ante las Cámaras, anunciaron con sus salvas habituales la llegada del duque de Orleans, que abrió la legislatura con un discurso en que anunció la abdicación de Carlos X y del Delfín.

El ejército popular, hambriento y rendido de cansancio, se había detenido á una legua de Rambouillet para pasar la noche en campo raso, cuando el general Pajol recibió la noticia de que el rey había abandonado Rambouillet con su familia, su servidumbre y las escasas fuerzas que le quedaban. A la mañana siguiente, aquella desordenada falange retrocedió hacia París. Sólo unos cuatrocientos paisanos armados persistieron en llegar á Rambouillet, se apoderaron de los coches de gala que el rey había dejado allí con el furgón que contenía los diamantes de la corona, y se hicieron transportar triunfalmente á París en aquellas magníficas carrozas.

Carlos X llegó á Maintenón el día 4 de agosto, á la una de la madrugada, seguido de sus tropas, que llegaron tres horas después. ¿Continuarían camino del Loira, para proclamar en cualquiera de las poblaciones ribereñas el gobierno de Enrique V, como aconsejaba el duque de Ragusa, ó bien, resignándose al destierro y dirigiéndose al puerto de embarque que él mismo había designado, el rey enviaría el ejército á sus guarniciones? Hacia seis días que Carlos X venía cediendo, con una especie de resignación religiosa que le hacía aceptar los acontecimientos como la voluntad de Dios. Llamó á Marmont y le dijo que había resuelto ir á Cherburgo á embarcarse y que aquella noche dormiría en Dreux. El duque formó inmediatamente la escolta real y envió el resto de las tropas á París, para que hicieran su sumisión al teniente general del reino, que había tomado las medidas necesarias para su seguridad y bienestar futuros. Carlos X salió de Maintenón á las diez de la mañana. El día 8, la familia real pernoctó en Argentan, donde pasó todo el día 9 de agosto. A la hora en que Carlos X, fiel á sus piadosas costumbres, oía misa en la principal iglesia de este pueblo, el jefe de la rama segundona de su familia declaraba á las Cámaras reunidas en París que aceptaba la corona con las condiciones que le habían fijado. La Constitución dejaba de ser una concesión de la corona, y ésta se convertía en una delegación, en un favor condicional de la nación. La proposición sometida á la Asamblea y votada casi por unanimidad contenía: la declaración de la vacante del trono; las modificaciones que se iban á introducir en la Carta de 1814 y el llamamiento del duque de Orleans al trono. La Cámara de los pares adoptó por 89 votos contra 10 la declaración de la Cámara electiva, sin más discusión que un discurso de Chateaubriand, el último y más notable de los que pronunció en su vida parlamentaria este eminente escritor. El 9 de agosto, reunió-

ronse las dos Cámaras en el palacio Borbón para la proclamación del nuevo rey. Después de aceptar el título de *rey de los franceses*, el duque de Orleans prestó el siguiente juramento:

«En presencia de Dios, juro observar fielmente la Carta constitucional, con las modificaciones expresadas en la declaración; no gobernar sino por medio de las leyes y con arreglo á las leyes; hacer administrar buena y exacta justicia á cada cual según su derecho, y obrar en todo con la sola mira del interés, la dicha y la gloria del pueblo francés.»

Los cuatro mariscales de Francia, que estaban de pie junto al trono, se acercaron sucesivamente al nuevo soberano y le presentaron las insignias de la realeza: el mariscal Macdonald le ofreció la corona; el mariscal Oudinot, el cetro; el mariscal Mortier, la espada, y el mariscal Molitor la mano de justicia. El nuevo monarca se quitó luego el guante, y tomando la pluma que le presentaba el ministro de la Justicia, Sr. Dupont de l'Eure, firmó las diferentes actas que consagraban su realeza; manifestó luego «que sería fiel al pacto de alianza que acababa de aceptar,» y salió del salón en medio de ruidosas aclamaciones.

Mientras tanto, los carruajes que conducían al destierro tres generaciones de reyes heridos por la Revolución habían avanzado hacia Cherburgo. El día 13, Car-

los X pernoctó en Valognes, donde los días 14 y 15 fueron empleados en los preparativos para el embarque y en la separación oficial del rey y su escolta; sin embargo, ésta quiso acompañar á Carlos X hasta el buque en que había de embarcarse. El día 16, la familia real atravesó Cherburgo en medio de manifestaciones hostiles y no se apeó de sus carruajes hasta el muelle, para subir inmediatamente á bordo del buque que la esperaba. Cuatro comisarios del gobierno revolucionario habían cumplido el encargo de acompañar al rey desde Rambouillet hasta Cherburgo. Los comisarios eran el mariscal Maison y los señores Schonen, Odilón Barrot y La Pommeraie. Al despedirse de ellos, Carlos X les entregó un billete en que manifestaba estar agradecido á las atenciones y respetos que habían prodigado á su persona y á su familia. Hemos dicho que en Rambouillet Carlos X tuyo que vender su vajilla de plata; cuando se resignó al destierro, hizo pedir al gobierno un anticipo de 600.000 francos sobre sus bienes particulares; esta cantidad fué llevada á Cherburgo por empleados de la Tesorería y entregada al rey por los comisarios á bordo del buque en que acababa de embarcarse y que zarpó en seguida para Inglaterra, llevando al destierro, con el hermano de Luis XVI y Luis XVIII, los últimos vestigios de la monarquía de derecho divino.



LUIS FELIPE I DE ORLEÁNS JURANDO EN LAS CÁMARAS OBSERVAR LA CONSTITUCIÓN (9 DE AGOSTO DE 1830)  
(Copia del cuadro de E. Deveria que se conserva en la Galería histórica de Versalles)